

MANUEL VICENT

EPATAR ya no se lleva, es una actitud ridícula. Lo último ahora consiste en no volver la cara por nada. Hasta hace poco, cualquier muchacho que llevara un geranio en la pipa, cualquier pintamonas que se disfrazara de Van Gogh, cualquier ejecutivo que un fin de semana se colgara un anillo de canibal en la nariz, podía asustar a las visitas. Ahora, aunque te cortes la oreja de verdad y se la ofrezcas a una prostituta de la calle Montera, o si la echas a un perro, ya no conmueve a nadie. Cualquier estudiante de BUP te pega un corte de mangas y te quedas corrido como una mona con pilas de genio en el bolsillo.

Hoy, los actos más esotéricos, las posturas más revolucionarias, se ejecutan o se toman con naturalidad. Por ejemplo, puedes declararte santo de altar, como un amigo mío pintor; tener una devota amaestrada de cabaret y un escudero sordo y salvaje. Puedes pasearte por las noches de la ciudad y predicar la buena nueva en los lugares más secretos del hampa sexual, como un San Felipe Neri que regala la capa a los navajeros que no han podido hacer caja. Nadie se altera por eso.

A las tres de la madrugada, en un chigre pasota del barrio de Malasaña, la devota del santo toca al acordeón canciones románticas de entreguerras, vals, melodías lánguidas prenazis, y después pasa el sombrero de mormona por la sotabarba de una clientela de mariquitas alucinados por el "hash" de 85 octanos para que se lo llenen de limosnas. A veces la devota se levanta la falda violeta para mostrar, a la luz de los candiles, la ardiente cuchillada que tiene mal cosida en el muslo, ese regalo que le infligió un mulato de Jamaica por una dosis de heroína demasiado adulterada con bicarbonato. Incluso en un acto de suprema elegancia la chica puede izarse el vestido más arriba aún para enseñar al Maestro Perfecto, sentado allí en un peluche raído, la vulva depilada en cuyo paraje de alrededor una expedición de exploradores ha firmado al fuego con punta seca. En las noches que hay suerte, la devota puede desnudarse del todo por el mismo precio para que se vea su cuerpo ondulado con la casiopea grabada en el vientre, los senos pintados con colores anarquistas resistentes al jabón, las nalgas decoradas con miniaturas de dioses orientales desconocidos, la espalda escrita con adagios en varios idiomas, como una estatua pública en la que los turistas han dejado su recuerdo.

La ves en los lavabos forrados de terciopelo rojo rizándose las pestañas, miniándose las trencillas rubias con el acordeón a sus pies, el santo pintor acodado en la barra mientras ella se decora los labios en forma de paloma, se tensa las mallas sujetas con ligas de flores al muslo, y

aquel chigre tan caliente en una penumbra color quisquilla con sofás repletos de jóvenes caderitas abrazados, dulces mariquitas ceñidos hasta lo inverosímil los pantalones blancos, rosas, celestes, que les marcan un paquete de azúcar en la entropierna dolorida, aquel bar de ambiente decorado con flecos y borlas de obispo, perfumado con pachuli, amenizado con una lejana canción de Lily Marlen que canta la Dietrich, los camareros con una amabilidad familiar. La ves como una reina virgen de homosexuales, la damisela loca que al salir del camerino besuquea con cariño maternal a todos, acude a las mesas, sorbe un buche de cada

EL SANTO, EL SALVAJE Y LA DEVOTA

consumición, aquellos licores tan sofisticados, servidos en copas tan altas, frutales y luminosas, y después se sienta junto a su santo patrono, una especie de beato chulo.

Un día no lejano, este pintor se declaró santo, se instituyó a sí mismo en Maestro Perfecto, se instaló en una masía destaralada y solitaria del Maestrazgo, se desnudó y se cubrió de flores la barba salvaje hasta tomar el aire de un matorral florido. Echó octavillas por la costa y pueblos vecinos anunciando su nueva potestad de hacer milagros como los del santoral clásico y se metió en la hornacina que forma el tronco hueco de un algarrobo centenario frente a la terraza de su ermita. Allí esperó.

Su mensaje de felicidad moderna estaba destinado a las criaturas más débiles, a las almas espirituales, a los residuos carnales que buscan algo inconcebible, también a esa adolescencia que ha comenzado a oler los terrores del segundo milenio, a los buscadores de semillas que te ponen alto, a los nuevos santos colegas que visten la bata anaranjada del ascetismo. Pero su empresa espiritual no era un orden esotérico sólo para iniciados, sino una escuela de santidad abierta que llamaba a toda clase de menesterosos, empresarios, esquizofrénicos, ejecutivos paranoicos, mujeres con climaterio febril, subnormales profundos, locos proféticos, domingueros aburridos, cualquier turista que deseara tener una experiencia nueva, tenderos de vacaciones, contables y visionarios, empleados de Banca e intelectuales eróticos.

A su llamada acudió una reata de fieles

que se postraba los fines de semana a los pies del beato para enumerarle las pequeñas miserias corporales y espirituales. El santo tenía una receta única para todos. Hay que relajarse. Todo se debe a una falta de armonía, el organismo protesta cuando no encuentra el equilibrio psíquico. Su diagnóstico servía para crisis económicas, insomnios, neuralgias, quiebras fraudulentas, reumas, angustias matinales, paro forzoso, colitis pertinaz, hemorroides, despidos y flexibilidad de plantillas, encías sangrantes, color verdoso de orina, números rojos en la cuenta corriente, celulitis y faltas de crédito bancario, zumbidos en la oreja y descuento de papel.

La devota llegó como un travesti enjaezado en plan nieta malvada de Concha Piquer o loca de Chaillot, vete a saber el signo algebraico que traía en la entropierna, debajo de aquel vestido violeta hasta los pies, la chaquetilla de terciopelo brocado, gargantilla de azabache, medias de malla, sombrero de raso con plumas de marabú y velo de tul con lentejuelas que le sombreaba el rostro, el pelo rubio rizado con tenacillas, una orfebrería de trenzas y caracoles miniados en las sienes iluminadas por unos pendientes de largos vidrios. La cliente devota del santo pintor semejaba una lady escapada de las páginas de "La Esfera", un diseño de Penagos con sombrilla japonesa.

Detrás de ella llegó un sordomudo salvaje, alcohólico desde los quince años, habitante solitario en una masía vecina, que se pasaba el día como un arenque en vinagre en medio de un charco de coñac, en letargo junto a la botella derribada. Hoy, el pintor santo, la devota sofisticada y el sordo salvaje son la atracción de las noches de Madrid en el circuito más pasota. Pero nadie vuelve la cara. Todo se toma con naturalidad.

En un bar gay del barrio de Malasaña, donde se acuña la jerga más sofisticada y se lanza lo que mola en cada trimestre, a las dos de la madrugada de cada viernes, el sordo salvaje aparece vestido de Fred Astaire con flores en las orejas, sombrero de paja y pendientes en el lóbulo. Allí baila claqué con zapatos de charol blanco con alzas de cinco dedos sobre la barra, entre copas de licor. La devota toca al acordeón melodías lánguidas prenazis, enseña a la clientela el cuerpo decorado con dioses orientales desconocidos y después pasa el sombrero de mormón para recoger limosnas. El santo pintor contempla el espectáculo espatarrado en el peluche raído. Y al filo de la madrugada abre el cepillo y regala la recaudación, la capa y las botas, como un San Felipe Neri, a los navajeros, camellos, marginados, drogadictos sin posada que pueblan el amanecer de la ciudad. Pero tú no vuelvas la cara. Ya no se lleva. ■